

MACHADO DE ASSIS

Los papeles de Casa Velha



2.^a EDICIÓN

UNA OBRA MAESTRA DE MISTERIO
Y PENETRACIÓN PSICOLÓGICA



LOS PAPELES DE CASA VELHA

*los***INTE
MPEST
IVOS**

MACHADO DE ASSIS

LOS PAPELES DE CASA VELHA

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO DE JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS



Primera edición: octubre de 2005
Segunda edición: agosto de 2026

Título original: *Casa Velha* (1885)

© de la traducción y del postfacio:
Juan Sebastián Cárdenas, 2005, 2026

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2026
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FC
ISBN: 979-13-991613-6-6
Depósito legal: M--2026

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El jardín de Les Mathurins en Pontoise*,
Camille Pissarro, (1876)

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Los papeles de Casa Velha

ANTES Y DESPUÉS DE LA MISA

He aquí lo que contaba hace muchos años un viejo canónigo de la capilla imperial:

No le deseo ni a mi peor enemigo lo que me ocurrió en el mes de abril de 1839. Se me había metido en la cabeza escribir una obra política: la historia del reinado de D. Pedro I. Hasta entonces había desperdiciado algo de mi talento en décimas y sonetos, muchos artículos de periódico

y algunos sermones que prefería ceder a otros sacerdotes, tras reconocer que carecía de los dones indispensables para el púlpito. En el mes de agosto de 1838 leí las memorias que otro padre, Luís Gonçalves dos Santos, más conocido como el padre Perereca, había escrito sobre los tiempos del rey. Y fue ese libro lo que me espoleó. Quizás me pareció mediocre y, sin duda, quise demostrar que un miembro de la Iglesia brasileña podía hacerlo mucho mejor.

Comencé, pues, a reunir los materiales necesarios —diarios, debates, documentos públicos— y a tomar notas por todas partes y de todo. A mediados de febrero me comentaron que en cierta casa de la ciudad encontraría, además de libros para consultar, muchos papeles manuscritos, algunos reservados y de gran importancia, debido a que, lógicamente, el dueño de aquella casa, muerto desde hacía muchos años, había sido ministro de Estado. Por otra parte, es

comprensible que semejante noticia aguzara mi curiosidad.

La casa, que tenía una capilla particular a disposición de la familia y de los habitantes de los alrededores, contaba también con un padre contratado para dar misa los domingos y confesar en la Cuaresma: era el reverendo Mascarenhas. Fui a verlo a fin de que intercediera por mí ante la viuda para consultar los papeles.

—Dudo que la señora lo permita —me dijo—. Pero voy a ver qué puedo hacer.

—¿Y por qué no habría de acceder? Se entiende que no consultaré sino lo que sea posible y con autorización de la señora.

—Lo sé, pero en esa casa guardan gran respeto por esos libros y papeles. Nadie se atreve a tocar las cosas que pertenecieron al marido. Se trata de una especie de veneración que la señora conserva y siempre conservará. Pero, en fin, se hará lo que se pueda.

Diez días más tarde, Mascarenhas me trajo la respuesta. Según me dijo, en un principio la viuda se había negado, pero el padre había insistido, había expuesto las razones, le había dicho que permitir el acceso a una parte de la biblioteca y del archivo, solo a una parte, no constituía una falta al debido respeto por la memoria del marido. Al final había conseguido, después de muchas reticencias, que pudiera presentarme en la casa. Desde luego, no tardé mucho en valerme de aquel favor y el siguiente domingo acompañé al padre Mascarenhas.

La casa, cuya ubicación y dirección no es preciso mencionar, era conocida en el pueblo con el nombre de Casa Velha. Y sin duda lo era: databa de finales del siglo XVIII. Era una edificación sólida e imponente, de gusto austero, carente de adornos. Conocía su fachada desde que era

niño, la extensa galería frontal, los dos amplios portones, uno especial para la familia y las visitas, y el otro destinado al servicio, a las cargas que iban y venían, a las siegas y al ganado que salía a pastar. Aparte de esas dos entradas había, en el lado opuesto, donde estaba la capilla, un camino habitualmente usado por las gentes de los alrededores para asistir a la misa de los domingos o rezar la letanía de los sábados.

Fue justamente por ese camino que llegamos a la casa, pocos minutos después de las siete de la tarde. Entramos a la capilla precedidos por un rayo de sol que retozaba en el azulejo de la pared interior, donde se representaban distintas escenas de las Escrituras. Era una capilla pequeña, pero muy bien conservada. Al lado izquierdo y debajo del altar, se hallaba la tribuna destinada exclusivamente a la dueña de la casa y a las señoras de la familia o a las invitadas, quienes accedían al lugar por el interior. Los hombres,

los criados y los vecinos ocupaban el cuerpo de la iglesia. El padre Mascarenhas me lo explicó todo y me hizo notar los candelabros de plata, los finos e inmaculados manteles, el suelo en el que no se veía ni siquiera una brizna de paja.

—Todos los paramentos son así —concluyó—. ¿Y qué me dice de este confesionario? Será pequeño, pero es un verdadero primor.

No había coro ni órgano. Ya dije que la capilla era pequeña. En ciertos días la concurrencia era tal que los fieles acudían a arrodillarse hasta el umbral de la puerta principal de la iglesia. Mascarenhas me enseñó la tumba, justo al lado izquierdo de la capilla, donde estaba sepultado el exministro. Me dijo que lo había conocido hacia 1831, y me contó algunos detalles interesantes. Me habló también de la piedad y de la tristeza de la viuda, de la veneración que sentía por la memoria de su marido, de los objetos personales que ella atesoraba como verdaderas reliquias, de

las frecuentes alusiones a él en cualquier conversación.

—En la biblioteca podrá ver su retrato —me dijo.

En ese momento empezaron a entrar a la iglesia algunos moradores de la zona, en su mayoría gente pobre de todas las edades y los colores. Algunos hombres, una vez persignados, salían de nuevo para charlar mientras esperaban el comienzo de la misa. Acudían también unos cuantos esclavos de la casa; uno de ellos era el propio sacristán, quien, además de estar a cargo del aseo y del cuidado de la capilla, ayudaba en misa con gran pericia, salvo en materia de prosodia latina. Lo encontramos mientras ultimaba los preparativos, frente a una enorme y antigua cómoda de jacarandá con argollas de plata en los cajones. Poco después entró a la sacristía un joven de unos veinte años, simpático, de rasgos agraciados y talante franco, a quien el padre

Mascarenhas me presentó como el hijo de la señora. Félix se llamaba.

—Ya sé —dijo él sonriendo—. Mi madre me habló de usted. Viene a ver el archivo de papá, ¿no es cierto?

Rápidamente le confesé mis planes y él me escuchó con interés. Mientras hablábamos, llegaron otros hombres desde el interior de la casa: Eduardo, sobrino de la señora, también de veinte años, y el coronel Raimundo, viejo pariente, acompañado de otros dos o tres invitados. Félix me presentó a todos y, durante algunos minutos, fui, naturalmente, objeto de suma curiosidad por parte de los presentes. Mascarenhas, bien ataviado y de pie, con la sotana en el borde de la cómoda, decía algo de vez en cuando, no gran cosa, pues, en realidad, más que hablar, escuchaba con una media sonrisa dibujada en los labios, volviendo la cabeza a menudo en una u otra dirección. Félix lo trataba con una be-

nevolencia rayana en la reverencia. El joven me pareció inteligente y modesto. Los otros, como mucho, le hacían coro. Por su parte, el coronel no hacía otra cosa que confesar su apetito. Se había levantado tarde y no había bebido café.

—Parece que ya es la hora —dijo Félix. Y tras asomarse a la puerta del a capilla añadió—: Mamá ya está en el banco. ¿Vamos?

Todos seguimos a Félix. Sentadas en el banco había cuatro señoras, dos mayores y dos jóvenes. Las saludé desde lejos y, cuando ya había apartado la vista, me di cuenta de que hablaban de mí. Por suerte, el padre no tardó ni tres minutos en entrar, de modo que todos nos arrodillamos y se dio inicio por fin a la misa que, por fortuna para el coronel, no fue nada farragosa. Al término de la ceremonia, Félix fue a besar la mano de su madre y la de otra señora mayor, tía suya. Luego me condujo hasta la tribuna y me presentó a las dos damas. No hablamos de mi

proyecto. La señora de la casa se limitó a decirme con delicadeza:

—Doy por sentado que usted nos honrará acompañándonos a almorzar.

Me incliné afirmativamente. Ni siquiera atiné a responder que la honra era toda mía.

A decir verdad, me sentía cohibido. La casa, las costumbres, las personas me evocaban aires de otro tiempo, todo exhalaba un aroma de vida clásica. Lo raro no era el uso de la capilla particular, sino más bien la disposición de la misma, la tribuna familiar, la sepultura del amo, justo ahí, al pie de los suyos, en una clara evocación de las sociedades primitivas en las que florecen las religiones domésticas y el culto privado de los muertos. Cuando las señoras salieron de la tribuna, regresamos por una puerta interior a la sacristía, donde el padre Mascarenhas esperaba junto con el coronel y otros hombres. Desde la puerta de la sacristía, pasando por un zaguán, descen-

dimos dos peldaños hasta un patio gigantesco, empedrado y con un aljibe en el centro. Los extremos estaban rematados por sendos porches; a la izquierda había algunos cuartos y a la derecha quedaban la cocina y la despensa. Las mulatas y los muleques me espiaban con curiosidad y yo diría que sin espanto, pues desde hacía un tiempo mi visita ocupaba a todos los habitantes de la casa. En efecto, se trataba de una especie de hacienda o villa donde los días, contradiciendo el refrán peregrino, se parecían demasiado unos a otros. Las personas eran las mismas, nada quebrantaba la uniformidad de las cosas, todo muy patriarcal e inmóvil.

Doña Antônia gobernaba ese pequeño mundo con mucha discreción, generosidad y justicia. Ser señora de la casa era algo que llevaba desde la cuna. Incluso en los tiempos en que la vida política de su marido y la entrada de este en los concejos de Pedro I podrían haberla

sacado del encierro y la oscuridad, doña Antônia rara vez y con pesar había abandonado sus quehaceres domésticos. Así, pues, durante todo el tiempo que duró el ministerio del marido, la señora solo había acudido a palacio en dos ocasiones. Era oriunda de Minas Gerais, pero criada en Río de Janeiro, en esa misma Casa Velha donde se había casado, había perdido al marido y había visto nacer a sus hijos: Félix y una niña que había muerto con solo tres años. La casa había sido construida por el abuelo en 1780, a su regreso de Europa, de donde había traído aires de señor y costumbres de hidalgo. Había sido él —y, según parece, su hija, la madre de doña Antônia— quien había conferido a la señora ese ápice de orgullo que desentonaba en medio de la llaneza esencial de su carácter. Deduje todo ello a partir de algunas anécdotas que me contó sobre su vida junto al exministro en tiempos del rey. Doña Antônia era más baja que alta, delga-

da, de complexión robusta, vestía con elegancia y austeridad. Debía de tener entre cuarenta y seis y cuarenta y ocho años.

Pocos minutos después estábamos almorzando. El coronel, pese a haber afirmado entre risas que tenía un agujero de medio palmo en el estómago, no comió demasiado y, durante los primeros instantes, permaneció en silencio. Me miraba oblicuamente y, si pronunciaba alguna palabra, lo hacía en voz muy baja, dirigiéndose a sus dos jóvenes hijas. No obstante, al final tomó confianza y, a decir verdad, no era mal conversador. Félix, el padre Mascarenhas y yo hablamos de política, del ministerio y de los acontecimientos que se estaban produciendo en el sur. Noté en el hijo del ministro la cualidad de saber escuchar y de disentir mientras daba la impresión de aceptar los consejos ajenos, de modo que, algunas veces, uno recibía las opiniones elaboradas por él y suponía que

se correspondían exactamente con las propias. Otra cosa que me llamó la atención fue que la madre, percatándose del placer que me proporcionaba la charla con su hijo, se mostraba encantada y orgullosa. Comprendí entonces que todas las esperanzas familiares habían sido depositadas en el hijo, así que redoblé mis atenciones para con él. Lo hice sin esfuerzo, pero puede ser que la acción estuviera relacionada con mi necesidad de captar todo el afecto de la casa en beneficio de mi obra.

Tuve que esperar hasta el final del almuerzo para que se hablara del proyecto. Pasamos a la galería que comunicaba con el comedor y daba a un extenso patio. El suelo era de adoquines y el techo estaba sostenido por dos gruesas columnas de piedra. Doña Antônia me invitó a sentarme junto a ella y al padre Mascarenhas.

—Reverendo, la casa está a sus órdenes —me dijo—. Hice lo que el padre Mascarenhas me pi-

dió con mucho esfuerzo, no porque lo considere a usted una persona incapaz, sino porque los libros y los papeles de mi marido son intocables.

—Créame que se lo agradezco mucho...

—Bien puede hacerlo —me interrumpió, sonriendo—. No haría esto con otra persona. ¿Necesita consultarlo todo?

—De momento, no lo sé. Después de un rápido examen sabré más o menos lo que necesito. Y vuestra excelencia también será para mí el mejor libro, el más íntimo...

—¿Cómo?

—Espero que me cuente algunas cosas que seguramente habrán quedado ocultas. La historia se hace en parte con noticias personales. Vuestra excelencia, esposa del ministro...

Doña Antônia se encogió de hombros.

—¡Bah! Nunca entendí de política, nunca me metí en esas cosas.

—Todo puede ser política, señora mía. Una anécdota, una conversación, cualquier cosa puede resultar, al cabo, muy valiosa.

Fue entonces cuando ella me dijo lo que antes he referido. Vivía metida en su casa, salía poco y solo había ido al palacio dos veces. Incluso confesó que la primera vez había sentido mucho miedo y que solo al recordar las palabras del abuelo había logrado recuperar la calma.

—Salí de casa temblando. Era día de gala, llevaba puesto el traje cortesano. Por las portezuelas del carruaje veía multitud de curiosos. Cuando recordaba que tendría que saludar al emperador y a la emperatriz, confieso que mi corazón latía con fuerza. Al bajar del coche, el miedo no hizo sino aumentar, peor aún cuando subí las escaleras de palacio. De repente, me acordé de lo que decía mi abuelo. Resulta que, cuando el rey llegó a estas tierras, mi abuelo me llevó a ver las festividades de la ciudad. Yo, que

era todavía una niñita impresionable, le dije que tenía miedo de toparme con el rey en la calle. Entonces fue cuando él me miró y me dijo con ese tono grave que a veces adoptaba: «¡Niña, una Quintanilha no tiembla nunca!». Y eso fue lo que hice, recordé que una Quintanilha no temblaba y así, sin temblar, saludé a sus majestades.

Reímos todos al unísono. Por mi parte declararé que aceptaba la explicación y que no le preguntaría nada. Luego hablé de otros asuntos. Puede ser que estuviera inspirado o quizás fuera la conversación de la viuda lo que me dio bríos, el caso es que vinieron a escucharme el hijo, el cuñado, las muchachas, y puedo afirmar que dejé la mejor impresión en todos ellos. Yo mismo lo noté, o eso fue al menos lo que me confirmó el padre Mascarenhas unos días después.